

Jacob Wainwright

Pablo Montoya

¿Te acuerdas de mí, Livingstone? Soy el único de tu caravana que sabía escribir. Cuando te encontramos muerto, fui yo quien hizo el inventario de tus pertenencias. Cuadernos de notas, cartas, un reloj, algunas armas, ropa, la Biblia, un termómetro. No te preocupes, todo lo he traído contigo, con tu cuerpo que cargamos durante casi un año. Pronto ya no estaremos juntos. Y debo aprovechar estos minutos para hablarte. Sé que nos reprochas el no haberte enterrado allá. En vez de cumplir tu deseo, decidimos, con Chuma y Suzi, tus servidores, llevarte a las costas de Zanzíbar y después embarcarte hasta Londres. Así lo hicimos. Te obedecemos durante los años que duró tu expedición. Aceptamos todas tus decisiones. Quisiste conocer las fuentes de los ríos, medir la extensión de los lagos, sumergirte en lo más profundo de las comarcas del Tanganika. Cuando te sentiste débil, te cargamos sobre nuestros hombros, en esos terrenos inundados, con el agua llegándonos hasta la cintura, sintiendo en nuestros pies la picadura de las sanguijuelas. Luego no pudiste caminar y te hicimos una camilla, y te llevamos adecuadamente. Morir era acaso la mejor suerte para tu cuerpo diezmado por la disentería. Pero te empeñabas en seguir viviendo. ¿Qué querías descubrir? Ríos, sabanas, lagos que nosotros ya conocíamos y que tú, asombrado, mirabas y bautizabas. Al Lualaba lo llamaste Webb, al nacimiento del Zambeze Fuente de Palmerston, Lincoln al Chibongo. Después fue la muerte, porque ya era hora, porque nosotros no queríamos resistir más tu agonía. Y arreglamos tu cuerpo. Te sacamos las vísceras. Te llenamos con sal. Lavamos tu boca y tu pelo con aguardiente. Te envolvimos en calicó y te construimos un ataúd con la corteza de un miyonga que cubrimos con alquitrán. Entonces sorteamos las aldeas. Enfrentamos el

terror supersticioso de muchos. Les hacíamos creer que llevábamos un equipaje de enseres y no un cadáver. Incluso hicimos varias veces, cuando se dieron cuenta, el simulacro de enterrarte para poder recibir la autorización de pasar por ciertos territorios. Si supieras a cuántos encontramos en el camino de Zanzíbar. Si supieras el gesto que nos hacían cuando pasaban cerca al hedor que transportábamos. Si hubieras visto a las muchachas vomitando, a los niños llorando en las espaldas de sus madres, a los pájaros huyendo de los ramajes. Pero si te habíamos cuidado vivo, lo hicimos mucho más cuando estabas muerto. Nadie te tocó, Livingstone. Nadie osó mirar tu podredumbre embalsamada. Tu amigo Cameron, en Kuihara, nos propuso el entierro. Recordó tu anhelo de yacer en tierras de África, en una de esas tumbas que tanto deseaste. Una vez más dijimos no. Nuestro deber era traerte a Londres. Y así lo he hecho yo, Jacob Wainwright, en nombre de los otros, de Chuma y Suzy. Ahora estás por fin en tu país natal, y sólo te espera la placa de bronce, los honores de tus hermanos en la abadía de Westminster. Allá, en cambio, está el silencio de esos promontorios cubiertos de flores y perlas. Tumbas africanas, sin nombres, que tú, Livingstone, no mereces.

Pablo Montoya. Escritor y profesor de la Universidad de Antioquia. Ha obtenido, entre otros, los premios Rómulo Gallegos, 2015; José Donoso, 2016 y José María Arguedas, 2017. La prosa poética aquí incluida hace parte de su libro *Viajeros* (Editorial Universidad de Antioquia, 1999; Tragaluz [en su colección Poemas Ilustrados con dibujos de José Antonio Suárez], 2014 y Random House [hace parte del volumen *Terceto*, junto con los libros *Trazos* y *Cuaderno de mano*], 2017).